

Estampa



Don Luis Prieto, hijo y secretario del ministro de Obras Públicas, preparando, para ponerlas a la firma, las numerosas cartas en que a diario se contesta a las peticiones más extrañas.

de los anacronismos el dirigirse, en pleno siglo XX y bajo la República, a San Antonio con semejante petición. Por eso ella, consciente republicana de la cabeza a los pies, se dirigía a don Manuel Azaña, hombre eficaz y santo laico en una pieza, y que con su laicidad y eficacia bien podría proporcionar marido solvente a una muchacha honesta, hacendosa y no mal parecida.

UNO QUE PIDE DOS MIL DUROS

—Otro caso curioso—continúa Domenchina—es el de un individuo que ha dirigido ya varias instancias al presidente, rogándole se entreviste con el ministro de Hacienda, a fin de que le satisfaga las diez mil pesetas que le adeuda el Estado, ya que él es quien se encarga de traer a España las grandes cosechas. Añade que, si no se hace efectiva esta cantidad, acabará por enfadarse y traer grandes tempestades, que también estas últimas están en su mano. En otra carta asegura este mismo hombre haber descubierto los microbios.

EL CONSEJERO DE AZAÑA

Pero no crean ustedes que todos los que se dirigen al presidente lo hacen con ánimo de lucro. Los hay de un desinterés que entenece. Un vecino de Madrid escribe todos los días al señor Azaña, dándole consejos y sin pedir nada. En las últimas cartas no deja de repetir que pronto se producirá un conflicto armado entre España y el Japón, pues todo el mundo sabe que los hijos del Sol Naciente son imperialistas y ambicionan conquistarnos por la fuerza. Estima él que esto sería pernicioso para la República y cree que el señor Azaña debe escuchar sus consejos y evitarlo. Otras veces anuncia el "peligro israelita". Asegura también que hace tres años él soñó que la República española se proclamaría el 14 de abril de 1931 y que ya sabe cuándo se va a proclamar en Italia, Inglaterra, etc., etc., y que en cartas sucesivas comunicará éste y otros secretos al presidente para que esté prevenido.

LA SORPRESA DE LOS VISITANTES

A todo el que va de visita a la Presidencia sin conocer al señor Azaña, lo que más le sorprende



Estos señores y esta señorita son los encargados de contestar a la legión de admiradores que envía al señor Prieto verdaderas nubes de cartas.

es su amabilidad y simpatía. Alrededor del presidente se ha formado una leyenda. Se dice que es un hombre hosco, antipático, malhumorado y gruñón, cuando es todo lo contrario. Lo sabemos muy bien sus amigos, y no lo ignoran quienes hayan cruzado con él la palabra alguna vez. Don Manuel Azaña es un señor cordial, simpático y afectuoso. Diríamos que hasta divertido, si no fuera porque ocupa un cargo tan serio.

Por eso, cuando recibe alguna comisión de señoras, éstas salen muy contentas y no cesan de repetir:

—¡Anda, pues si es muy simpaticísimo!... Y decían...

—Si hace chistes y todo..., y se rie...
—Y no es tan feo como dicen, ¿verdad?

LOS ADMIRADORES DE PRIETO. EL DE LA GUITARRA

Al Ministerio de Obras Públicas llegó, hace poco tiempo, un hombre diciendo que quería ver a don Indalecio. Salió en lugar de éste su hijo, que es, además, su secretario particular, y el visitante comenzó a hablar.

—Mire usted; yo soy aficionado a la música y he compuesto un himno republicano. Aquí traigo dos ejemplares: uno, para usted, y otro, para su padre, el señor ministro...

Luis Prieto, tras de darle las gracias, alargó la mano para coger los dos ejemplares, disponiéndose a dar por terminada la visita, pero el buen hombre le atajó.

—No, señor. Usted puede quedarse con el suyo, pero el de don Indalecio tengo yo que entregárselo para que me dé su opinión.

El secretario intentó convencerle de que se lo dejara a él, puesto que, como don Indalecio no entiende de música, no podría dar su opinión hasta no oírlo interpretar, y ni aun así, ésta tendría gran autoridad.

—Todo esto que usted dice estaría muy bien si yo no fuera un hombre prevenido. Déjeme pasar al despacho y don Indalecio oír el himno, interpretado por un amigo que tengo ahí fuera y cantado por mí.

Luis Prieto creyó que esto era una broma, y concedió permiso para que pasara el amigo, pero cuál no sería su sorpresa al ver que por la puerta entraba un hombre serio y estirado, con una guitarra al brazo, que le decía con marcado acento flamenco...

—“Salú” y República socialista.

“USTED, QUE ES TAN SIMPÁTICO...”

A Prieto se dirige la gente en un tono más confiado que al resto de los ministros. En todas las cartas invocan lo mismo: “Usted, que es tan simpático...” “Usted, que es tan bueno...” “Usted, que es tan campechanote...” Y tras de esto le confían las cosas más peregrinas.

Un día se le presentó una señora que se expresaba en estos términos:

—Mire usted. Yo estoy casada con un hombre bueno y honrado a carta cabal. Pero tiene un defecto: la bebida. Cada lunes y cada martes está borracho. Por lo demás, él es buenísimo y trabajador... Pero este vicio...